

Índice

- 9 Prólogo. *Tu quoque* trascendental
- 19 1. Imbecilidad de masas
- 35 2. Imbecilidad de élite
- 57 3. La imbecilidad como factor político
- 77 4. Dialéctica de la imbecilidad
- 95 Epílogo. Fenomenología del espíritu
- 109 Notas

Prólogo

Tu quoque trascendental

Busco un sacerdote para confesarme.

No lo encuentro. Peco.

Niccolò Tommaseo, *Diario*.

Preveo el *tu quoque* trascendental y me resigno. Se necesita tener dentro al menos una pizca de imbecilidad para sentir su atracción irresistible, o, para decirlo con palabras de Zaratustra, «es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a luz una estrella danzarina». No está claro qué pueda ser una estrella danzarina, ni si merece la pena darlas a luz, pero no hay absolutamente ninguna duda de que se trata de la frase de un tonto, pese a haberla escrito un gigante del pensamiento. Es justamente por esta ubicuidad por lo que la reflexión sobre la imbecilidad ha atraído la atención de las mentes más preclaras de nuestro tiempo. ¿Cuál es el tema a indagar? Tal vez cabría preguntarnos por la imbecilidad de los demás, pero –una vez comprobado que incluso a los personajes más ilustres se les escapan pensamientos, palabras, actos u omisiones imbéciles– es probable que también debamos interrogarnos si no será que las figuras más fa-

mosas y sus magníficas mentes no estarán, unas y otras, infectadas de imbecilidad. El problema reside en que la imbecilidad también ha sido tema de reflexión (si cabe esta expresión) de legiones de imbéciles, lista que comienza prácticamente con la hominización y se prolonga día tras día. Y esta lista implica siempre la posibilidad nada remota de encontrar en ella nuestro propio nombre.

Como ha escrito una famosa deconstruccionista estadounidense, Avital Ronell: «He trabajado mucho en este campo y durante una gran parte de mi vida me he sentido estúpida»¹. Lo mismo podría decir cualquier persona, y en particular un profesor², que es justamente lo que me autoriza a hablar sobre la estupidez. También yo soy experto, también yo he trabajado mucho en este sector y me he sentido imbécil muchas veces, muchísimas otras lo he sido sin darme cuenta y, por absurdo que parezca (pero en matemáticas no se trata de opiniones: yo soy uno, y los demás, muchos), en muchas más ocasiones me he divertido o he quedado pasmado ante la imbecilidad ajena. Esta *excusatio non petita* contiene un elemento tranquilizador, sin duda. Como observa Ortega y Gasset, al hombre razonable (*perspicaz*)* lo atormenta permanentemente la sospecha de ser un imbécil y ve abrirse ante sí el abismo de la imbecilidad (*estulticia*)*, mientras que el imbécil se siente orgulloso de sí mismo.

De acuerdo, pero ¿cómo se distingue el orgullo del imbécil de la filautía, el amor propio que Aristóteles consideraba un rasgo positivo del hombre valioso? Y, a la inversa, ¿estamos seguros de que, de acuerdo con la ley

* En castellano en el original. (N. del T.)

implacable que vengo enunciando, no fue Ortega un perfecto imbécil³. Como decía Belbo a Casaubon, «no hay escapatoria. Todos son estúpidos, excepto él y yo; o mejor, para no ofender, excepto él».

Si pasamos del Foucault del péndulo al de la *Historia de la locura*, tenemos la impresión de que esta yerra el blanco. Lo que asusta no es la locura, sino la imbecilidad⁴, sobre todo porque es irredimible y se mantiene como una mancha ciega, una diferencia irrecuperable, sin *Aufhebung* ni resurrección, como una palada de arena en el engranaje de la dialéctica⁵. Además, los locos son pocos y, en general, reconocibles. Los tontos son muchos y están bien mimetizados y dispersos en el medio. Es fácil reconocer al loco que cree ser Napoleón, pero, bien visto, el verdadero problema reside en que un análisis sin prejuicios podría dar como resultado que Napoleón era un tonto. Únicamente un gran hombre, con su «pretensión de serlo todo»⁶, puede ser, sin contradicción, un imbécil, como sucede precisamente con Napoleón a ojos de Tolstói y de Gadda. ¿Quién sino un imbécil habría ido a Rusia arriesgando casa, imperio y patrimonio? ¿Quién habría ido doce años antes a Egipto a arengar a la tropa a golpe de siglos y de pirámides? ¿Y para qué? Para luchar con los mamelucos. Lo que no le impedía distribuir patentes de imbecilidad, a menudo formulando sus juicios en términos de déficit cognitivo (estupidez, idiotez, imbecilidad), y no de alienación, falsa conciencia o capital. He aquí el catálogo: gilipollas, idiota, imbécil, embustero, verdugo, esbirro, canalla, charlatán, burro, cotilla, bestia ignorante⁷.

Mort aux cons

La lista de Napoleón plantea un problema terminológico. En efecto, ¿cómo se distingue entre un gilipollas y un idiota, entre un estúpido y un imbécil, entre un tonto y un cretino? Aun reconociendo la validez de las sutiles distinciones entre estúpidos, imbéciles, cretinos y locos que proponen Eco⁸ y Carlo Cipolla⁹, me parecen (tal vez por estupidez) difíciles de aplicar, y considero esencialmente equivalentes los términos *foolishness*, tontería* y *Dummheit*. Por tanto, en sustancia y de manera transcategorial, defino la imbecilidad como ceguera, indiferencia u hostilidad a los valores cognitivos¹⁰, más extendida entre quienes tienen ambiciones intelectuales, gracias a lo cual resulta ser la *chose du monde la mieux partagée*.

«El mundo es mi representación», escribía Schopenhauer al comienzo de su obra maestra, y continuaba así: «Esta es la verdad que vale para todo ser viviente y cognoscente, aunque solo el hombre puede llevarla a la conciencia reflexiva abstracta: y cuando lo hace realmente, surge en él la reflexión filosófica». Mucho más grandiosas, verdaderas y eternas habrían sido estas palabras si las tesis de fondo, en lugar de sostener un discutible idealismo, hubieran enunciado esta afirmación, realista por excelencia: *el mundo está lleno de gilipollas*. En efecto, la imbecilidad es una cosa seria, no algo que ataña a unos pocos ni, sobre todo, a los otros («Los imbéciles son los otros», diría Sartre). Esto se confirma a poco que se le

* En castellano en el original. (N. del T.)

preste atención, tanto en la economía como en la sociedad o la filosofía de la historia.

En particular en la filosofía de la historia, la disciplina académica tan cara a Bouvard y Pécuchet¹¹. La época en que vivimos es en realidad el resultado de un clamoroso fracaso de las ideologías como regla de comportamiento colectivo, así como una explosión de tecnologías que simplifican el acceso a la cultura y, en consecuencia, facilitan la toma de posición individual, por lo que es con razón más propensa a valorizar, en cualquier franja etaria, la conexión entre cultura y ejemplo individual. Esta es la buena noticia.

La mala noticia es que el fariseísmo –la discrepancia imaginaria respecto de lo que no funciona y la oposición real entre lo que se dice y lo que se hace– no desaparece con un cambio de generación, pues es una tentación perenne del espíritu humano. Pensemos además en disposiciones que no se curan con la simple buena voluntad, la honestidad o la parresia, como es precisamente el caso de la estupidez. Pero hemos de aceptarlo, pues toda época tiene sus fantoches de todo sexo y edad, así como sus mentirosos, sus bribones y, por supuesto, sus imbéciles. Me parece que una de las ventajas de nuestro tiempo es la posibilidad –siempre, claro está, que la persigamos con empeño y a riesgo personal, empezando por el de pasar por imbéciles– de llamarlos claramente por su nombre e incluso de combatirlos, aun a sabiendas de que son imbatibles.

En realidad, *Mort aux cons*, «muerte a los gilipollas», era el nombre de un jeep de la Segunda División Blindada del general Leclerc. Fue la primera que entró en Pa-

rís, el 24 de agosto de 1944, tras la evacuación alemana. El general De Gaulle acertó a verlo escrito, oportunidad en que pronunció su famoso comentario: «Vasto programa». Vastísimo. Ante todo porque –como hemos visto y veremos con implacable monotonía– se presta a la reprensalia más que cualquier otro, pues ¿quién eres tú, de qué inteligencia puedes jactarte, qué autoridad puedes invocar, tú, pobre imbécil (dado que no tienes nada mejor que hacer que dedicarte al tema), para tratarme de imbécil no solo a mí, sino también directamente a las multitudes? ¿Qué patente de inteligencia te autoriza a alzarte por encima del mundo? Si hay un momento en que una persona inteligente parece irremisiblemente estúpida es aquel en que –de acuerdo con el dicho napolitano– *fa il gallo sull'immondizia*, esto es, se pone a fanfarronear, como, por ejemplo, cuando Valéry comienza *Monsieur Teste* con esta apabullante sentencia: «La estupidez no es mi fuerte».

En realidad, la sensación de imbecilidad debería actuar del mismo modo que la advertencia del demonio socrático, esto es, salvándome de caer en un argumento peligroso y excesivo. Es enorme, precisamente propio de imbéciles, el riesgo que se asume cuando se habla de imbecilidad. Efectivamente, es muy difícil calificar a alguien de imbécil sin que cualquier otro nos endilgue, y con fundamento, nuestra propia imbecilidad. A esta circunstancia nos remite el hecho de que, como ya he indicado y veremos más adelante, quienes han escrito sobre la imbecilidad han sido a menudo imbéciles, esto es, los menos conscientes de los riesgos a los que se enfrentaban.

Sin embargo, como es lícito suponer que el *thaumazein*¹² –el estado de asombro que tradicionalmente se ha considerado origen de la filosofía– es una actitud propia de imbéciles¹³, parece una buena regla dudar de la eficacia del demonio socrático, que solo calló una vez, cuando Sócrates se dirigió voluntariamente a la muerte, como desafiándola y observando hasta dónde estaba dispuesto a llegar con aquella taza de cicuta en la mano. De haber hablado, no me cuesta imaginarlo, le habría dicho al oído: «¡Imbécil!». Algo parecido a lo que ocurre en la tragedia de Abraham tal como la reescribe Kierkegaard. Abraham, creyendo que obedecía al mandato divino, mata al hijo y se le aparece Dios para decirle: «¿Qué haces, pobre viejo? [Leer entre líneas, diría Gadda] ¡No pretendía de ti semejante cosa! Eres mi amigo, solo quería poner a prueba tu fe. Incluso en el último momento te he gritado: ¡Abraham, Abraham, detente!»¹⁴.

Fumus imbecillitatis

Cuando uno se pregunta qué puede llevar a un ser humano a escribir un libro sobre la imbecilidad, es preciso abstenerse de la respuesta más previsible, aunque no sea necesariamente falsa. Se trata, seguramente, de la atracción inevitable y homeopática del afín, pero no es solo eso. Es también, sin duda, el reclamo de lo relativamente insólito, la conciencia de lo contrario. El tema propio de los profesores de filosofía es la razón y la mejora del entendimiento, de modo que la tentación de la imbecilidad sería en ellos análoga a la tentación de

la prosa que a veces seduce a los poetas y a ciertos filósofos.

Pero hay más. El ocuparse de la imbecilidad no responde simplemente al gusto maligno de escupir hiel sobre los semejantes y (por mérito propio y por igualdad de trato) también sobre uno mismo. Es la llamada del abismo y de lo negativo y, al mismo tiempo, de la pura verdad. Porque no hay grandeza humana que no se vea atormentada por la imbecilidad, e incluso las mayores iluminaciones, como veremos a lo largo de este libro, tienen en ella su origen. Piénsese en la mirada desalentada de Charlus cogido a contrapié por la maldad de Mme Verdurin, desaliento que anticipa la imbecilidad final con que Charlus se toma vacaciones del Narrador y de nosotros en la vigilia de la *matinée* Guermantes; en las tonterías que escribe Nietzsche desde Turín para vanagloriarse ante su madre; en la oreja arrancada de Van Gogh; en la noble imbecilidad de Moctezuma, que permite la desaparición de un imperio sin ningún motivo; en el *fumus imbecillitatis* que aletea eternamente alrededor del santo, y que para el monje y teólogo franciscano Diego de Estella es una molestia más que prodiga el Omnipotente¹⁵.

Un Sujeto Supuesto Saber de aquellos con los que nos toparemos en el segundo capítulo de este opúsculo tendría una respuesta rápida, y legítima: la de que descubrir la imbecilidad del hombre de genio es una fase evolutiva en un camino que se inició en la infancia, cuando se deshizo el mito de la omnipotencia paterna. La imbecilidad de Gödel, gran lógico, pero al mismo tiempo firmemente convencido de la existencia de fantasmas, o (ascen-

diendo) la muerte de Dios no son sino variaciones de este esquema primario.

De acuerdo, pero eso no quita que la imbecilidad descubierta sea verdadera y que, más que un mero júbilo paranoico (la muerte de Dios como precondition del Superhombre), sugiera una contemplación de la imbecilidad como inherente a todo ser humano, incluso al más eminente. Como una calavera barroca, el imbécil mira al viandante con una sonrisa egipcia: «Fui lo que eres, serás lo que soy». Vuelvo a decirlo: de todo se puede hablar sin temor a que entren en juego las cualidades de quien escribe: fealdad, delincuencia, racismo. Pero merece especial atención el hecho de que con la imbecilidad ocurra exactamente lo contrario. Reflexionar sobre la imbecilidad abre la caja negra que se esconde tras toda catástrofe, una caja extraña, con un muñeco dentro que tiene nuestras facciones, esto es, el imbécil que somos.

Más que a la bacanal de los espíritus libres, la imbecilidad nos remite a las palabras que acompañaban la sepultura de los emperadores de Austria en la Kapuzinergruft de Viena¹⁶, con la única diferencia de que habrá que decir «un pobre y miserable imbécil».

Sin embargo, el verdadero milagro es que mientras que el pecador provoca el llanto, el imbécil mueve a la risa, que es precisamente la titánica grandeza de la imbecilidad, la de ser la única desgracia de la que es posible reírse, la única tragedia acerca de la cual es posible expresarse únicamente en términos de *divertissement*.

«Palabras santas, o al menos piadosas. Entonces, ¿por qué, pese a todas estas juiciosas reflexiones, no detenerse aquí y continuar en cambio con cuatro capítulos y un

epílogo?» «A ti te corresponde la respuesta, lector hipócrita, mi semejante (sin ofensa), mi hermano.»

Agradecimientos

Puesto que el tema de este librito es que el interés por la imbecilidad es en sí mismo un indicio de connivencia con ella, cualquier expresión de gratitud sonaría como una llamada a la complicidad, así que me abstengo de agradecimientos.